GAB. (*A D. Rodrigo.*) Hasta las seis.
ROD. Despejad.
(*Llevan á Gabriel á su encierro y vánse el Escribano y los alguaciles por el fondo.*)

ESCENA V.

DON RODRIGO, DON CESAR.

CES. ¿Padre, qué es esto?
ROD. Que es fuerza que ese hombre muera.
CES. Dadle un dia.
ROD. Ni siquiera
una hora.
CES. Que dispuesto
muera al ménos cual cristiano.
ROD. Muera, y sea como fuere.
CES. ¡Sin confesion!
ROD. No la quiere,
es un herege, un pagano.
CES. Padre, estais ciego de ira.
ROD. Ira es lo que aparento,
ira, César: pero miento,
es terror lo que me inspira
ese hombre de Satanás.
Y yo ¡imbécil que le daba
tormento porque no hablaba;
no, no: que no hable jamas.
Que le lleven al cadalso
con una mordaza puesta:
que no hable con nadie: en esta
hora cuanto diga es falso.
CES. ¡Padre, sospecho, ay de mí!
que se os desvanece el juicio.
ROD. Es obra de un maleficio.

CES. ¿Os maleficiaron?
ROD. Sí.
CES. ¡Supersticion!
ROD. Ya lo ves:
Gabriel me malefició,
y él ha de morir ó yo.
Ya firmó el rey: muera pues.
CES. ¡Padre!
ROD. ¡César.... hijo mio!
CES. ¡Estais delirando!
ROD. ¡Alguno
me escuchó acaso?
CES. Ninguno.
ROD. (De mí propio desconfio.)
CES. Padre, algun mal os acosa;
temblais.... estais demudado.
ROD. Algun vértigo: he velado
tantas noches de Espinosa
con el proceso maldito,
me ha dado tanto que hacer,
que en mí no estoy hasta ver
que de en medio me le quito.
Mas no fué nada: pasó
ya César. Veamos, pues,
los despachos de la corte.
CES. Tomad: aquí los teneis.
ROD. Esta es la consulta mia,
esta la aprobacion del
consejo: esta la carta
de su Magestad el rey,
¿y este otro pliego sellado
de quién es?
CES. Yo no lo sé:
me fué entregado en palacio
con todos ellos.
ROD. ¿Por quién?

CES. Por el rey mismo.
ROD. A ver: ábrele.
CES. Una real órden.
ROD. Pues lee.

(*Don César leyendo.*)—En nombre del rey.—Por la presente, pondreis en libertad en la hora en que la recibiéreis, y sobreseyendo en su causa, si hubiéreis procedido á formarla contra ella, á Doña Aurora Espinosa, detenida y á vuestras órdenes en la cárcel de Madrigal: dejando disponer libremente de sí misma á dicha Doña Aurora, como fuere su voluntad.—Madrid, &c.—A D. Rodrigo de Santillana.—

ROD. ¡En libertad? No comprendo
tal órden del rey.
CES. Y está
bien terminante.
ROD. Y será
cumplida. Sigue leyendo.
CES. Otro pliego para mí.
ROD. Rompe la nema y aparta
la cubierta. ¿Qué hay?
CES. Aquí
viene un papel y otra carta.
ROD. Lee.
CES. Dice el papel así:

(*Lee.*)—En nombre del rey.—Otorgamos licencia para dejar el servicio de S. M., temporal ó absolutamente, como mas le conviniere, al capitan del primer tercio de Flandes, Don César de Santillana.

ROD. ¡Y para qué?
CES. ¡Qué se yo?
ROD. ¡Tú no la has pedido?

CES. No.
ROD. Sigue. (¡Qué es esto, ay de mí!)

(*Don César lee.*) Y ordenamos al dicho capitan Don César por ser así del agrado de S. M., conducir con todo honor, y escoltar con toda seguridad, durante su viage por tierras de sus dominios y mares guardados por su real marina, á Doña Aurora de Espinosa: hasta ponerla sana y salva en Estados de Venecia, por cuyo embajador ha sido reclamada, como hija adoptiva de la República Serenísima.

ROD. ¡Ira de Dios! Todo ahora
lo comprendo.
CES. ¿Qué es, señor,
lo que comprendeis?
ROD. ¡Tu amor
desventurado! á esa Aurora.
CES. Es cierto: un amor profundo;
mas no os traiga con cuidado,
que es el mas desesperado
que hubo jamas en el mundo.
ROD. ¿Lo ves? ¡Ah! tambien á tí
te han maleficiado: pero
responde, César: yo quiero
saberlo ya todo; dí.
Tú con ella en connivencia,
huir con seguridad
queriendo, su libertad
conseguiste y tu licencia.
CES. No, á fe mia.
ROD. Sí; arrastrado
por sus sortilegios, has
trabajado en contra mia
con temeridad impía
y en favor suyo.

CES. Jamas.
Que tuve siempre confieso
simpatía misteriosa
é interés por Espinosa,
pero no obré en su proceso.
Amé á Aurora, la amo aún;
mas mi pasion despechada
es imposible, y no hay nada
entre los dos de comun.
Mientras viva, la amaré;
pero este amor solitario,
de mi pecho en el santuario
solo yo conservaré.
ROD. ¡Otro misterio!
CES. Tremendo
sin duda, padre; mas puede
conmigo, y mi brio cede
á su poder.
ROD. No lo entiendo.
CES. Ni yo sé decir mas de él,
sino que Aurora, señor,
no nació para mi amor.
ROD. ¿Quién te ha dicho eso?
CES. Gabriel.
ROD. ¡Infeliz! es su manceba.
CES. Quien tal os dijo, ha mentido,
señor.
ROD. Ella misma ha sido.
CES. ¿Ella?
ROD. En la primera prueba
del tormento.
CES. ¡Cielo santo!
¿La habeis puesto en el tormento?
ROD. Es débil, y habló al momento.
CES. ¡Me paralizo de espanto!
¿Qué abismo es este de males

que por do quier nos circunda?
¡qué trama esta tan fecunda
de misterios!
ROD. Los fatales
hijos de esa nueva trama,
tan solo puede romper
la muerte, y hoy ha de ser.
Que mueran él y su dama.
CES. ¡Imposible! mintió.
ROD. ¿Quién?
CES. Ella: no puede tampoco
ser de Gabriel.
ROD. ¿Quieres loco
volverme?
CES. No: sé muy bien
lo que digo: esa muger
es prenda de una venganza;
solo con esa esperanza
la conserva en su poder.
ROD. ¿Ella de venganza prenda
y en su poder? ¡Dios me asista!
de este arcano ante mi vista
se aclara la sima horrenda.
¡Hola!
(*Toca la campanilla y entra un alguacil.*)
En libertad á Aurora
poned al punto, y aquí
traedla. Escucha, ¡ay de mí!
escucha, César, ahora,
un secreto horrible: ese hombre
que no es nada y que lo es todo,
de quien de saber no hay modo,
religion, patria, ni nombre:
ese hombre á quien nada espanta,
cuya altivez nadie doma,
penitente humilde en Roma,

peregrino en tierra santa.
Soldado en Flandes, Marqués
en Madrid, Corso en Venecia,
que alma y vida menosprecia
como al polvo de sus piés:
á quien no rinde el tormento,
y cuyo espíritu fuerte,
ve á un paso de sí la muerte
y se sonríe contento;
no es criatura, es fantasma;
no es vivo, es aparicion,
quimera, ensueño, vision,
mas que de terror me pasma.
Es un hombre de otra edad:
un hombre que estando muerto
halló su sepulcro abierto
y huyó de la eternidad
mis pasos para seguir:
es la sombra de otro sér
que sale á la tierra á ver
nuestra sepultura abrir.

CES. ¡Ay de mí! el continuo afan
del proceso de Gabriel,
os hizo concebir de él
esas quimeras que están
trastornándoos la razon.

ROD: Dices bien. . . . sí. . . . no comprendas
jamas las causas horrendas
de mi ruin supersticion.

ESCENA VI.

DON RODRIGO, DON CESAR, DOÑA AURORA.

AUR. ¡Libre! . . . jamas esperé
que nos olvidara Dios:

ni de haber fiado en vos (*A Don César.*)
jamas me arrepentiré;
pues duda no queda en mí
de á quién debo, capitan,
la libertad que me dan,
cuando os vuelvo á ver aquí.

ROD. Despeja.—Escuchad, Aurora.

AUR. ¡Por qué le mandais salir?

ROD. Porque nadie debe oir
nuestras palabras ahora.

AUR. ¡Dios mio! ¿qué estraño afan
os agita? ¿Es por ventura
mi libertad impostura?
¡Ah! No os vayais, capitan;
quiere volverme tal vez
al tormento.

ROD. Oid os digo:
sois libre, y yo vuestro amigo.

AUR. ¿Cabe entre el reo y el juez
amistad? ¿Entre el verdugo
y la víctima? Jamas
os conoceré por mas
que por juez.

ROD. ¡A Dios no plugo
que fuese de otra manera!
Mas acaso desde ahora
varieis de opinion, Aurora.
(*Vuelve á Don César, que permanece en pié junto á la puerta.*)
¿Qué esperais vos? idos fuera. (*Vase César.*)

ESCENA VII.

DON RODRIGO, DONA AURORA.

ROD. Nada receleis de mí,
pobre niña: en libertad

estais. vuestra voluntad
no tendrá ya coto aquí.
Serenaos, pues; oidme,
Aurora, y por cuanto ameis,
ruégoos que me contesteis
la verdad.

AUR. Pues bien; decidme
vos en conciencia primero:
¿mi libertad se medió
con la de Gabriel? Si no
es así, yo no la quiero.

ROD. Solo depende de vos
la libertad: si un secreto
me aclarais vos, os prometo
la libertad de los dos.

AUR. ¿Es mio solo el secreto
que me pedís?

ROD. Sí, en verdad.

AUR. ¿Y vale la libertad
de Gabriel?

ROD. Me comprometo
á dársela.

AUR. Preguntad.

ROD. ¿Qué tiempo hará que de Gabriel al lado
vivís?

AUR. Desde muy niña.

ROD. ¿A qué memoria
de vuestra infancia conservais?

AUR. Apenas
una vaga memoria me ha quedado
de aquellas horas al pesar agenas.

ROD. No espero yo que recordeis la historia
de vuestra infancia, cuya edad se olvida
pronto y muy fácilmente con las penas
ó los placeres de la inquieta vida;
mas del lugar en donde habeis nacido,

donde pasásteis los primeros años,
tendreis alguna idea.

AUR. Muy confusa;
tal, que puedo decir que la he perdido
mezclándola despues con mil estraños
recuerdos posteriores.

ROD. ¿De manera
que imposible os será; pues lo rehusa
vuestra memoria ya, la mas ligera
noticia dar de vuestra edad primera?

AUR. Tan imposible no: ¿quién en su mente
á un recuerdo infantil no da guarida?
¿Quién no vuelve los ojos tiernamente
hácia las puertas de oro de la vida?
¿Quién no recuerda en oscasion alguna
el pobre hogar ó la lujosa estancia,
cuya techumbre guareció su infancia
el dulce sueño que gozó en la cuna?

ROD. ¿Vos recordais ese lugar?

AUR. Sin duda:
mas no por la virtud de mi memoria
sola: tan fiel en esa edad no cabe
tenerla: sé de mi infantil historia
lo que fuí recordando con ayuda
de la voz de Gabriel. que es quien la sabe.

ROD. ¿Gabriel la sabe?

AUR. Sí.

ROD. ¿Y os la ha contado?

AUR. Incompleta.

ROD. (Tambien la habrá engañado.)
Mas yo quiero saber solo la idea
que háyais vos en la mente conservado.

AUR. Tengo aunque muy confuso algun recuerdo.

ROD. ¿De qué?

AUR. De mil objetos.

ROD. Aunque sea

en confusion, decídmelos.

AUR. Me acuerdo
de una ribera donde yo cogia
yerbezuelas y conchas, del rugiente
mar, que sus ondas sin cesar mecia:
de un monasterio triste y solitario
fundado al pié de un monte: y vagamente
me acuerdo de la iglesia, con su coro
enverjado, sus techos con pinturas,
su altar lleno de flores, su sagrario
iluminado con mecheros de oro;
y me acuerdo tambien, porque me daban
miedo de las inmóviles figuras
de mármol, que tendidas reposaban
encima de sus anchas sepulturas.

ROD. ¿Qué monasterio era ese?

AUR. Era un convento
de monjas.

ROD. ¿Qué pais?

AUR. No lo he sabido
nunca.

ROD. ¿Jamas Gabriel os ha contado
lo que hacíais allí? ¿quién os conducido
os habia á aquel claustro?

AUR. No ha querido
decírmelo jamas: sé que aposento
tenia allí mi madre, y que he pasado
los tres primeros años de mi vida
allí.

ROD. ¿Con ella?

AUR. Sí.

ROD. ¿De vuestra madre
os ha hablado Gabriel?

AUR. Mil y mil veces.

ROD. ¿La recuerda á menudo?

AUR. No la olvida

jamas; y sé que en sus nocturnas preces
la reza como á mártir.

ROD. ¿Sabeis de ella
la historia, el nombre, la familia?

AUR. Nada.
Sé que fué un dia festejada y bella
y luego escarnecida y ultrajada.
Sé que el relato de su triste historia
es una horrible é infernal leyenda,
que conserva Gabriel en su memoria
de expiacion y de venganza prenda.

ROD. ¿Y qué es lo que sabeis de ese relato
vos?

AUR. Yo, nada tal vez y acaso todo;
porque sus hechos sé, mas nunca supe
ni las personas, ni el lugar, ni el modo.

ROD. Pero en fin, ¿qué sabeis de vuestra madre?

AUR. Sé que era noble dama: que vivia
en la corte de un rey á quien la unia
una amistad profunda y verdadera:
que era para aquel rey casi una hermana,
pues juntos cuando niños se criaron
y fraternal amor constantemente
uno á otro los dos se conservaron.
Sé que era cuanto rica generosa,
y que el encanto de las gentes era
por su virtud y ciencia prodigiosa:
que el vulgo la queria,
la corte la admiraba,
y con ella secretos no tenia
el rey que como hermana la trataba.

ROD. ¿Mas ese rey? . . .

AUR. Murió.

ROD. ¿Cómo?

AUR. En la guerra:
y concluyó con él su dinastía,

y otro rey vino á gobernar su tierra,
y á otras manos pasó su monarquía.

ROD. ¿Y vuestra madre entónces? . . .

AUR. Fué mirada
como enemiga del monarca nuevo,
y al fin de algunos meses acusada
de traicion: por diabólica su ciencia
tomaron y la dieron por culpada,
diciendo que hizo creer que el rey vivia.
no sé á quién, á favor de un sortilegio
mostrando á sus conjuros evocada
la aparicion de su fantasma régio.

ROD. ¿Y despues?

AUR. ¡Oh! Despues... eso es lo horrible
de la historia, señor. Se apoderaron
de ella, de su palacio, de su hacienda,
los vendieron, su armas infamaron,
y ocupó un estrangero su vivienda,
y su nombre y su raza se olvidaron.

ROD. ¿Y ella?

AUR. Como las hojas del Otoño
despareció de encima de la tierra,
y en ella mas los hombres no pensaron
solo pensando en libertad y guerra.

ROD. ¿Pero vos? . . .

AUR. No lo sé.... sé que mi madre
pobre, triste, ofendida y no vengada,
en aquel solitario monasterio
tejia su existencia desdichada,
y yo existia ya, bajo el misterio
de aquellas santas bóvedas velada.

ROD. ¿Y luego?

AUR. No sé mas.

ROD. ¿Gabriel no os dijo
nada de vuestro padre?

AUR. Le tenia

siempre por padre á él, y el me queria
mas que el padre mejor quiere á su hijo.

ROD. ¿Pero cómo supísteis? . . .

AUR. En su sueño
sorprendí su secreto: y como me era
necesario su amor de una manera
ú otra, el amor filial hallé pequeño,
y del amor de la muger y el niño
formé para Gabriel solo un cariño.

ROD. ¿Pero al saber que vuestro padre no era,
no preguntásteis vos?

AUR. Quién era el mio.

ROD. ¿Y qué dijo Gabriel?

AUR. Que él lo sabia;
mas que de él á acordarme no volviera,
porque mi amor filial no merecia.

ROD. Siempre merece un padre. . . .

AUR. No lo ha sido
jamas el mio para mí.

ROD. ¡Aurora!

AUR. ¿Creeis que una razon me fué bastante
para echar su memoria en el olvido?
Insistí, porfié, lloré, y ahora
sé que nunca mi amor ha merecido.
Sé que me echó á la vida despojada
de su nombre, y sin pan y sin abrigo
sé que dejó á mi madre deshonrada
en medio de la tierra abandonada
para llorar y perecer conmigo.

ROD. ¿Y creeis á Gabriel?

AUR. ¿Que si le creo?
Es la verdad del cielo descendida:
su palabra es mi fe, y en esta vida
por su fe juzgo, por sus ojos veo.

ROD. ¿Nunca os dijo Gabriel nada en abono
de vuestro padre?

AUR. Nada: y si lo hubiera
yo sé bien que Gabriel me lo dijera.
ROD. ¿Es decir? . . .
AUR. Que es mi padre, y le perdono
como amor exigir de mí no quiera.
Mi madre, que al dolor ha sucumbido,
de Dios le aguarda ante el escelso trono:
yo, á quien solo dió el ser, nada le pido;
pero como él nos olvidó, le olvido,
como él me abandonó, yo le abandono.
ROD. ¿Vive, pues?
AUR. No lo sé.
ROD. ¿Mas si viviera?
AUR. Como él no me buscó, no le buscara.
ROD. ¿Y si una vez en la vital carrera
con él os encontrárais?
AUR. Le mirara
sin ira, mas la espalda le volviera.
ROD. ¿Y si al veros partir él os llamara?
AUR. De su paterna voz no hiciera caso.
ROD. ¿Y si llorando el mísero os siguiera?
AUR. Apresurara, sin volverme, el paso.
ROD. Pero ¿y si os alcanzara y os asiera
de los vestidos él.
AUR. Los rasgaria
dejándole en la mano los pedazos.
ROD. ¿Y si os tendiera sus paternos brazos?
AUR. Su brazo paternal rechazaria.
ROD. ¿Por qué?
AUR. Porque mi padre todavía
no ha ido á orar sobre la tumba oscura
de mi madre, y Gabriel me dijo un dia
que al querer abrazarnos se abriria
entre mi padre y yo su sepultura.
ROD. ¡Fatal supersticion!
AUR. Tal es la mia.

ROD. Tal es la ira de Dios. Es un misterio
impenetrable. Satanás me ciega
sin duda, y nunca á comprenderle llega
mi corazon ansioso.
AUR. He respondido
á cuanto preguntarme habeis querido.
Señor, á vos os toca.
ROD. ¡Sí, á fe mia!
Vais á ver á Gabriel. (¡Oh! sí: yo quiero
apurar este cáliz de agonía.)
(*Abre la puerta que da al encierro de Gabriel, miéntras Aurora dice:*)
AUR. Libres al fin. . . . para Gabriel ahora
libre será mi corazon entero.

ESCENA VIII.

DOÑA AURORA, DON RODRIGO, GABRIEL.

ROD. Espinosa. (*A Gabriel.*)
GAB. Héme aquí.
AUR. (*Viendo á Gabriel.*) ¡Gabriel!
GAB. (*Abrazándola.*) ¡Aurora!
¡Infeliz! ¿Quién aquí te ha conducido?
AUR. La libertad, Gabriel: libres estamos,
y cual juntos aquí nos han traido,
juntos espero que de aquí partamos.
GAB. ¡Santillana!
(*Pidiendo esplicacion de estas palabras de Doña Aurora.*)
ROD. Leed.
(*Dándole la órden de su libertad.*)
AUR. ¿Ves?
GAB. (Lo comprendo
todo. La agitacion de Don Rodrigo,
de mi Aurora infeliz la fe tranquila. . . .

¡Hé aquí el instante para mí tremendo!
La hora del martirio y del castigo.
Señor, Señor. . . . mi espíritu vacila:
sostenedme hasta el fin.... sed vos conmigo!)

AUR. ¿Qué te agita, Gabriel? . . . tu faz sombría,
tu palidez. . . .

GAB. Un poco conmovido
estoy; y es natural, Aurora mia.
Y tambien vos estais descolorido,
Santillana. . . .

ROD. Espinosa, concluyamos.
Yo os llamé. . . .

GAB. No os canseis: el por qué entiendo.
¿A solas con Aurora habeis hablado?

ROD. La historia de su madre me ha contado.

GAB. Solo para que á vos os la contara,
se la he contado yo.

ROD. Toda pretendo
saberla, pues.

GAB. ¡Curiosidad avara!

ROD. Pero que vos satisfareis.

GAB. Sin duda;
mas puédeos ser satisfaccion muy cara:
porque os advierto, juez, que he observado
que mis satisfacciones y respuestas,
por mas que yo riendo os las he dado,
han sido siempre para vos funestas.

ROD. Hablad. . . . hablad.

GAB. ¡Si os empeñais en eso!
Mas despues de tres meses de proceso
no sé cómo no estais escarmentado
de interrogarme ya.

ROD. ¡Siempre lo mismo!
Acabemos, Gabriel.

GAB. Sí, concluyamos:
hora es de penetrar en este abismo.

ROD. Descender quiero á él.

GAB. Y yo os prometo
que lo hareis: el momento es oportuno.

ROD. Decid, pues.

GAB. Esperad, que este secreto
os pertenece á tres, y falta uno.
Llamad al capitan, que con vos debe
penetrarle tambien.

ROD. (*Llama y sale un alguacil.*) ¡Hola! D. César.

AUR. ¿Qué tienes, Gabriel mio? En tu semblante,
en tus palabras y ademanes, noto
siniestra agitacion.

GAB. Aurora mia,
tu corazon amante
por mí no tenga la inquietud mas leve;
á mis pesares Dios hoy pondrá coto
y ámbos tendremos libertad en breve.
¿Tú no te olvidarás desde este dia
de tu Gabriel?

AUR. Jamas. ¿Eso preguntas?
Juntas caminarán nuestras dos vidas,
nuestras almas á Dios subirán juntas.

GAB. Sí; ni la muerte las podrá un instante
mantener una de otra divididas.

AUR. ¡Dios! ¿A qué mientas la muerte ahora?

ROD. Ya está aquí el capitan.

GAB. Silencio, Aurora.

ESCENA IX.

DOÑA AURORA, DON RODRIGO, GABBIEL, DON CESAR.

GAB. ¡Hola! Sed, capitan, muy bien venido.
Voy muy pronto á emprender un largo viage

y un encargo dejaros he querido.

CES. ¡Un viage!

GAB. Sí; estoy libre: me parece
que el portador de la órden habeis sido.

CES. (¡Ay de mí! la infeliz aun nada sabe.)

GAB. Decidme, capitan: ¿me habeis traido
un pliego de Madrid?

CES. Tomadle.

GAB. Bueno:
guardadle por ahora. En esa carta
de un gran misterio encontrareis la llave.
(*A Don Rodrigo.*) Vos sois algo curioso,
y no me fio
de vos: sois padre y juez; os la confio,
capitan, solo á vos. Cuando yo parta,
dádsela á vuestro padre, y que la lea.
¿Me entendeis? Cuando parta: que no sea
ni un solo minuto ántes.

CES. Os lo juro,

GAB. Vuestra palabra sola es buen seguro.
Ademas, por si acaso no volvemos
á vernos, pues yo parto con Aurora
del mundo terrenal á otros estremos,
quiero un regalo haceros, en memoria
de nuestro buen encuentro en esta vida,
que os será complemento de mi historia,
y prenda de amistad y despedida.

(*Gabriel saca del pecho un relicario que lleva al cuello con una cadena.*)

ROD. (Esa calma satánica me aterra.)

AUR. (Tiemblo no sé por qué.)

CES. (No es ser humano
quien así se despide de la tierra.)

GAB. Tomad. Es, capitan, un amuleto
sagrado: don del Papa: un relicario
que un *lignum crucis* venerando encierra

y guarda como el pliego otro secreto.
Con el respeto mismo que á un sagrario,
contempladle, y lo mismo que la carta
se la dareis al juez.... cuando yo parta.
(*A Don Rodrigo.*)
Abridle solo vos: es mi conciencia,
y Dios solo con vos sondarla debe;
en ella echad una ojeada breve
y reconocereis la Omnipotencia.
(Mas si un soplo hay en vos de fe cristiana,
esperad á que muera, Santillana.)
¡Ea! ya que se acerca mi partida,
escuchad, señor juez, el cuento estraño
que queríais saber; y por mi vida
que oireis una historia divertida.

ROD. (Yo tiemblo.)

GAB. Oidme, pues. La escena pasa,
no importa el dia, la estacion ni el año,
de noche, en Setubal, y en una casa.

ROD. (¡Cielos!)

GAB. Temblando estais si no me engaño,
Santillana.

ROD. Seguid.

GAB. En hora buena.
En una alcoba cómoda, alumbrada
por una lamparilla perfumada
con asiático aroma, bien agena
el alma de inquietud, y bien guardado
por leales domésticos, el dueño
de aquella rica estancia, descuidado
yacia en brazos de agradable sueño.
Era un hombre harto noble y poderoso,
para que no tuviera por asilo
muy seguro su casa, y al reposo
se entregaba en su cámara tranquilo.
Una noche creyó sobresaltado,

á pesar de lo doble de la alfombra,
pasos del lecho percibir al lado:
abrió los ojos y miró espantado
trazarse en la pared movible sombra:
volvió la faz, y con la faz de seda
se tropezó, de un hombre enmascarado.
¡Frio quedó, como el cadáver queda!
"Levantaos."—Le dijo con acento
imperioso el incógnito: y vistióse
la bata que él le daba. "A ese aposento
salid." Obedeció, y enfrente hallóse
de dos hombres plantados á la puerta,
una dama, como ellos, encubierta,
y un sacerdote pálido; y tenaces
sintió pesar sobre su frente yerta
las miradas ardientes y voraces
lanzadas á su frente descubierta,
á través de los negros antifaces.
Entónces de estos hombres el primero
de la sombría dama el velo alzando,
"¿La conoceis?" le dijo; y él temblando
"Sí," respondió. "Pues bien, sed caballero"
repuso el disfrazado; y avanzando
el grave sacerdote, se dispuso
á unirle con la dama en matrimonio,
miéntras el de la máscara se puso
á escribir en silencio el testimonio.
El despertado resistirse quiso;
pero su daga el disfrazado al pecho
le presentó, y ceder le fué preciso;
firmó, y el matrimonio quedó hecho.
Partió la dama y los demas con ella;
mas quedóse el primer enmascarado
y dijo gravemente al despertado:
" teneis una muger ilustre y bella,
" gracias á mí y á vuestra buena estrella

" que os hizo viudo para ser casado;
" la quitásteis la honra y habeis dado
" nombre á sus hijos; mas seguid su huella
" y morís, ¡os lo juro! asesinado."
Dijo así el de la máscara, y partióse
con los demas: y de la casa el dueño
en medio de la cámara quedóse
dudando si era realidad ó sueño.

ROD. Tremenda realidad.

GAB. (*Apartándole á un lado.*) Sí, D. Rodrigo,
la dama, Doña Inés; vos el casado.

ROD. ¡Y vos, señor!

GAB. El hombre enmascarado.

ROD. Tal vez Dios permitió. . . .

GAB. Lo habeis soñado.

ROD. ¿Y si el sueño es verdad?

GAB. Silencio os digo.
Que ellos no os oigan: que la faz no os vean:
sueño ó verdad, que sepultados sean
con vos el sueño, la verdad conmigo.

ROD. Pero mi alma concibe en este punto
que ese arcano fatal guardar podria
una verdad.

GAB. Os dije que era asunto
concluído. Escuchadme: si yo fuera
el rey Don Sebastian, morir debia
por la quietud del reino, y mi alma entera,
ser mártir á ser rey preferiria.
Si soy un impostor y perjudico
con mi existencia la quietud de España,
debo morir tambien; debo una hazaña
de mi impostura hacer, y sacrifico
mi vida á sostener esa patraña
que mi historia desde hoy hará famosa.
¿Me comprendeis?

ROD. Señor, yo no me atrevo

dudando. . . .

GAB. Ahogad la duda: morir debo,
si no por Sebastian, por Espinosa:
y deben sepultarse, Don Rodrigo,
con vos el sueño, la verdad conmigo.
No lo olvideis.
(*Vuelven al centro de la escena.*)

AUR. ¿No sigues tu leyenda,
Gabriel? No está acabada.

GAB. No por cierto:
para leer su conclusion horrenda,
de vuestros ojos quitará una venda
el juez cuando haya el relicario abierto.

ESCENA X.

GABRIEL, DONA AURORA, DON RODRIGO, DON CESAR, EL DOCTOR N., ALGUACILES. *A la parte esterior de la puerta soldados. Despues el verdugo.*

ALG. Las seis.

GAB. Partamos, pues.

AUR. ¡Vírgen María!
¿Gabriel, qué es esto?

GAB. Mi destino, Aurora.

AUR. ¡Tu destino! . . . ¡mi mente se estravía!

ALG. El verdugo del rey. (*Anunciando.*)

(*Se presenta el verdugo con el dogal en la mano.*)

AUR. ¡Dios mio! ahora
lo comprendo! . . . ¡ay de mí! . . .

(*Se desmaya en los brazos de Don César que la coloca en el sillon.*)

CES. ¡Mísera!

GAB. El dia
concluye: vamos, pues: me faltaria

valor para dejarla si volviera
en sí. Pronto, marchemos.

DOCT. (*A Gabriel, poniéndose á su lado.*)
Vos conmigo.

GAB. Es inútil.

DOCT. Mirad.

GAB. Todo es en vano.

DOCT. ¿Sin confesion irei-?

GAB. Há que os lo digo
cuatro semanas ya.

DOCT. ¿No sois cristiano?

GAB. Porque lo soy si á confesarme accedo
os tendré que decir lo que no puedo.
Velad por ella, capitan: se encierra
en ella sola cuanto amé en la tierra.

ROD. Señor. . . .

GAB. No os fatigueis: empresa es vana.
Llegó, rey ó impostor, mi último dia,
y moriré cual debo, Santillana.
Si impostor, con impávida osadía,
y si rey, con fiereza soberana.
(*Vase, y todos tras él.*)